do y nadie las ampara ni las compadece. En otro tiempo, cuando se levantaban lozanas y bellas, esos mismos arroyos que las maltratan, las besaban lánguidamente y las acariciaban como el amante acaricia á su amada. Para ellos no tenían mas que rumores suaves y dulces abrazos, y nadie hubiera dicho, nadie, que tanto amor pudiese convertirse en tanto odio. ¿No aprenderá el hombre en este nuevo ejemplo?

Los crepúsculos son bellos, es cierto; pero ¡qué belleza tan triste! ¡qué intensa melancolía en aquellas miradas del sol, que se hunde tras las más apartadas montañas! En vano la tierra desea recoger y guardar todas esas miradas del astro del día, en vano quiere prolongar la despedida; la noche, celosa de la tierra, cae sobre esta y la envuelve en sombras, pero las estrellas son compasivas y salen para consolar á la desconsolada. En vano lo intentais, cariñosas estrellas; mañana el sol la encontrará inundada en lágrimas.

Entretanto las golondrinas se alejan; mas felices que el hombre, huyen de la tristeza y van á encontrar la alegría; atraviesan la nube gris y se mecen en el puro ambiente, en el claro y brillante azul del espacio. Ellas estarán pronto en la primavera, y nosotros, hombres, quedamos en el otoño.

MARTÍN BEL.

EL DANTE,

SU OBRA Y LOS MOTIVOS DE SU INSPIRACIÓN

Fué el Dante un poeta florentino, que, como sus compatriotas, Petrarca y Bocaccio, supo abrirse paso por una senda enteramente nueva. Adoptó las grandes visiones alegóricas y toda la plenitud de los símbolos cristianos, con la especial circunstancia de que fué tan único en su género, que nadie, como él, ha logrado esponer con tan asombrosa claridad y colorido poético las apariciones y los éxtasis celestiales.

Su grandiosa obra épico-religiosa, es la epopeya cristiana, que la Edad Media nos legó con el título de *La Divina Comedia*.

Los tres mundos que en ella nos presenta, el de las tinieblas, el de la purificación y el de la luz perfecta, son una viva pintura de caracteres los mas variados, llenos de rasgos originales y atrevidos; siendo de notar, que el sentimiento constituye el alma de ese grandioso poema, recorriendo toda la escala de sus tonos y matices, desde la esperanza y el sufrimiento, hasta la beatitud más perfecta.

¡Almas que esperais, corazones que sufrís: leed á Dante y muchas veces vereis reproducidas en

el fondo de aquel sublime poema á vuestra alma con todos sus sufrimientos!

Pero ¿cuál fué el motivo de su inspiración?

Dante salía apenas de la adolescencia, cuando se encontró con una encantadora joven. Se atrevió á saludarla y ella le devolvió el saludo.

El niño poeta sintió lo inefable de las almas enamoradas: ¡un diluvio de verdadera inspiración acababa de inundar su espíritu!

Desde este día, Dante buscó por todas partes á Beatriz: á la iglesia, al valle de Arno, pisando la yerba que ella acababa de hollar y atravesando la atmósfera que ella había cruzado, como si pensase encontrar en el viento alguna cosa de su divina creación.

En el delirio de su loca pasión, Dante alighieri ni remotamente sospechaba entonces que para las grandes almas, parece que están reservados los grandes, los terribles contratiempos. La volvió á ver otra vez, y de nuevo la saludó; mas ¡ay! ella no le correspondió, no le devolvió el saludo, sino que, pasando delante de él con majestuosa indiferencia, volvió la cabeza, y barriendo, con su larga falda, las losas del pavimento, y ocultándose con un blanco velo, fué á sentarse á la mesa de un festín, en el cual Dante no tenia puesto señalado. La hija de su fantasía acababa de desposarse con un caballero de Florencia. ¡A pesar de lo que Beatriz había dicho á Dante, Dante tuvo que convencerse de que aquella encantadora joven no le habia comprendido!

El desgraciado soñador buscó entonces una distracción en las contiendas políticas de su patria: tomó parte en la guerra civil en pro del partido Güelfo contra el partido Gibelino; combatió por la unidad de Italia, y si Beatriz le abandonó en su amor eterno, la República le condenó al destierro. De suerte, que, á la pérdida de su amada, siguió la de su querida patria!

El genio del Dante, se explica, pues, por sus acerbos dolores.

Cuando el proscrito pasaba, con su roja caperuzza, ante las doncellas que ya podían adivinar la oscura noche que envolvía el alma del poeta, cuéntase que le señalaban con el dedo, diciéndose unas á otras: ¡Miradle, vuelve del infierno!

Dante simpatizaba entonces con Francisca de Rimini y con Pia Tolemei: por aquello de que los desgraciados se aman.

Habiendo agotado ya todo un océano de venganza y de terror, Dante escaló la montaña mística, donde el alma no tiene más suplicio que la santa esperanza, ni mas trabajo que el de la purificación.

En su cumbre casi, el poeta se siente como perdiendo la tierra y flotando en el espacio.

Ha visto á Beatriz; ella le atrae al cielo con

una de aquellas miradas que le recordaban sus primeros y ya pasados días de ventura. Se sumerge en la inmensidad, penetra en el paraíso y cae de rodillas, por la fuerza del éxtasis, ante la imagen de su ser querido.

Dícese que un pastor, sentado en la llanura de Rávena, vió caer del cielo un algo indescriptible arrastrando consigo un hilo de fuego, y oyó en el aire como el ruido casi imperceptible de un vestido flotante: ¡era Beatriz que conducía al poeta hácia el cielo que él mismo había cantado!

ISIDORO FRIAS FONTANILLES.

¡TODO SE VA!

EL ave errante que cruza el aire
y á nuestra casa viene á anidar,
cuando el granizo cubre las tejas,
rauda se va.

Las hojas secas que de los árboles
arranca el soplo del vendabal,
en espirales atropelladas,
raudas se van.

Como las aves, como las hojas,
los juramentos, la fe, la edad,
las esperanzas, los desengaños,
raudos se van.

Apenas queda de lo que ha sido
una memoria débil, fugaz,
¡que en este mundo de vanidades
todo se va!

NOMEN.

EL PROGRESO EN EL SIGLO XIX.

TRADUCCIÓN DE EDMUNDO ABOUT

I

Si á la edad de treinta años llegaseis á saber que un intrépido marino os había salvado de una muerte inmediata entre las olas del mar, cuando erais niño; que os había llevado á casa de vuestros padres envuelto en su blusa, para haceros entrar en calor; que se había escapado sin aceptar recompensa alguna, y que ocho días después había muerto de una pulmonía ocasionada por su desinteresado arrojó, indudablemente haríais lo que sigue: Buscaríais á sus hijos, si los hubiera dejado, ó á sus nietos, con ánimo de premiar en ellos la abnegación que os había conservado la existencia. Si fueseis rico les otorgaríais una par-

te de vuestra fortuna, y si no tuvierais más patrimonio que la pobreza, pondríais vuestro humilde trabajo á su servicio, ayudándoles á remontar el camino de la vida. Si uno de ellos no hubiese podido recibir educación alguna le costearíais la enseñanza ó le ejercitaríais á leer y á escribir vosotros mismos. Si otro, más digno de lástima, se hubiese hundido en el cenagoso fango de la inmoralidad y del vicio, no lo despreciaríais, sino que al contrario, trataríais de rehabilitarle tendiéndole una mano generosa, como su pobre padre ó su abuelo os tendió las suyas para libraros de la muerte.

¿No es verdad que obrando así desempeñaríais sencillamente vuestro papel de hombre honrado?

Pues todo hombre á los treinta años por poco que reflexione se apercibe de que debe su vida, su salud, su bienestar, su educación, todo lo que tiene y todo lo que es, á millones de salvadores oscuros y desconocidos que han muerto agobiados de pena, que casi nunca recibieron el justo premio de sus servicios, pero á los cuales se puede recompensar sembrando beneficios entre su descendencia, puesto que el mundo está poblado de los hijos que ellos dejaron.

Considerad que la tierra es una madrastra desagradecida é ingrata: no produce espontáneamente mas que vegetales insípidos y animales feroces; las únicas viviendas que presta gratis á sus hijos son grutas tenebrosas y cavernas fecundas en reumatismos; los vestidos y el calzado que nos ofrece se reducen á hojas y cortezas; no nos brinda con más instrumentos de trabajo que los dedos de nuestras manos, para lo cual oculta cuidadosamente en sus profundas entrañas los metales que podrían servirnos de ayuda.

Todos los bienes de que hoy disfrutamos son debidos al esfuerzo heroico de los hombres que nos han precedido.

No existe en nuestra mesa una fruta, una legumbre, un condimento, un vino, que no haya podido ser objeto de multitud de privilegios de invención, de importación ó de perfeccionamiento.

Cuando nos paseamos por un jardín magnífico, cantamos himnos á la naturaleza, siendo el hombre el merecedor de tanto homenaje. La mayor parte de las flores naturales que admiramos, son de fabricación humana; y si algunas se han sustraído á este cuidado, fueron en cambio traídas por el hombre desde los sitios mas remotos del mundo. Los cereales de la llanura, los árboles del soto, todo lo que parece brotar del seno de la tierra, está importado, desarrollado, perfeccionado, trasformado por el hombre. Los mismos bosques se hallan poblados de árboles que el hombre ha ido á buscar allende los mares.